

La metaconciencia afectiva y el sentido de uno mismo*

Una concepción posracionalista de la naturaleza afectiva de la conciencia

Juan Balbi

Abstract: La conciencia personal se origina en el autorreconocimiento de la propia experiencia afectiva. Su construcción involucra una coevolución entre afectividad, intersubjetividad e individuación. En principio el infante se identifica con su cuidador al empatizar con él, mientras que progresivamente se delimita a sí mismo, discriminando la propia experiencia emocional de la realidad interpersonal compartida y de las intenciones y estados emocionales atribuidos al otro. Esa recurrencia forja un dominio emocional individual que paulatinamente será reconocido como propio. Paralelamente al desarrollo cognitivo del niño, se despliegan nuevas formas de relacionamiento que lo conducen a la experiencia metarrepresentacional recursiva. Durante este recorrido hacia niveles cognitivos abstractos de complejidad creciente, las relaciones vinculares que se conservan en el tiempo se pautan progresivamente dando lugar a patrones vinculares estables que tienen una impronta fundamental en la determinación del sentido organizado y continuo de la propia identidad, y de las relaciones con los otros, que la persona portará durante el resto de su ciclo vital. El sentido de sí mismo se constituye en el determinante de las distinciones e interpretaciones que el individuo es capaz de realizar de su entorno afectivo, y este sesgo en las distinciones e interpretaciones contribuirá, a su vez, a la construcción y mantenimiento del propio sentido personal. El desempeño eficaz en las relaciones interpersonales requiere de la organización durante el desarrollo de una metaconciencia afectiva suficientemente articulada y abstracta, que facilite interpretaciones funcionales de los complejos procesos metarepresentacionales implicados en los vínculos. Interferencias en el armado de este dispositivo inconsciente, serían las principales responsables de la emergencia de trastornos psicopatológicos. Los síntomas se conciben como un resultado de la irrupción en la conciencia fenomenológica de emociones (ligadas a núcleos ideo-afectivos subconscientes), disociadas de su respectiva representación cognitiva, por dificultades del sistema personal para el autoconocimiento tácito. Se reseña un tipo característico de estilo afectivo y un breve caso clínico.

Palabras claves: apego temprano, afectividad, vínculo, metarrepresentación recursiva, metaconciencia afectiva, autoconocimiento tácito, sentido de sí mismo, autosuficiencia afectiva.

Introducción

El objetivo de este artículo es contribuir a incorporar en el análisis del desarrollo de la conciencia, la variable afectiva, que no ha sido bien considerada hasta el momento y que, como parece evidente, constituye una parte esencial, no sólo en la explicación de ese proceso, sino también en la de los fenómenos psicopatológicos. La noción semiótica de la conciencia, que debemos a Lev Vygotsky, es sin duda uno de los mayores avances en la historia de la psicología. Sin embargo, resulta limitada para explicar exhaustivamente el complejo fenómeno de la identidad personal. Esta concepción propone que todas las funciones psicológicas superiores son una construcción posterior al nacimiento y resultado de un proceso mediante el cual se internalizan las funciones puestas en práctica en las interacciones sociales. La conciencia, en particular, es producto de la internalización de las funciones de mediación social del lenguaje (de allí su organización semiótica) y su característica principal consistiría en poder llevar a cabo un diálogo subjetivo capaz de anticipar situaciones, y de regular la propia conducta en función de una planificación.

Este proceso consta de una primera etapa en la cual la regulación de la conducta es externa: el bebé actúa orientado directamente por los estímulos del medio. En una segunda

*Artículo publicado en: Revista de la Asociación de Psicoterapia de la República Argentina; APRA. Año 2 Número I, marzo de 2009. www.revistadeapra.org.ar

etapa, la regulación es interpersonal y depende del lenguaje de los otros. Por último, el habla se internaliza y la regulación de la conducta se torna anticipatoria e intrapersonal. El énfasis puesto en este aspecto de la conciencia es consecuente con el materialismo dialéctico, que alentó Vygotsky, según el cual la diferencia fundamental entre el hombre y los otros animales radica, justamente, en la capacidad de aquel para concebir mentalmente un proyecto antes de llevarlo a cabo (Vygotsky, 1931, 1934; Wertsch, 1988).

Enfocar prioritariamente el hecho de que los signos se convierten en instrumentos subjetivos de la relación con uno mismo, en un diálogo interno, y no tomar en cuenta otros aspectos de la experiencia, como la afectividad, en el análisis del proceso de construcción de la conciencia, conlleva el riesgo de equiparar conciencia a pensamiento, lo cual implica, al menos, una descripción muy parcial y limitada de este complejísimo fenómeno. Además, hay cada día mayor evidencia de que los bebés muestran rasgos de conciencia mucho antes de acceder a las destrezas del lenguaje. Por otro lado, este punto de vista describe la autoconciencia como un sistema predominantemente racional, cuya característica más destacable sería su capacidad de anticipación y control de nuestra conducta en relación con el ambiente. Mientras que, como muestran las investigaciones actuales, el humano nace preprogramado especialmente, antes que para la relación con el mundo físico, para la relación con sus congéneres y es a través de una buena coordinación de orden afectivo con estos, que conoce el mundo y se conoce a si mismo.

El uso del lenguaje y la consecuente emergencia de la autoconciencia abstracta disparan en el humano un nuevo tipo de vivencia: se amplía la percepción del propio mundo interno; la experiencia afectiva y temporal se expande y complejiza, el sentido de individuación se incrementa a un grado superlativo generando, a su vez, una mayor necesidad de confirmación afectiva por parte de los otros, y, de este modo, el mundo subjetivo deviene en un nuevo y principal dominio a regular. Para la persona, no es el trato con la realidad física, ni aún la relación con los otros, la cuestión primera y más importante a resolver, sino el trato consigo mismo, del cual depende el éxito o el fracaso en los otros dominios. Acceder a la autoconciencia involucra un cambio fundamental en los parámetros adaptativos. A partir de su emergencia, adaptarse al medio físico e interpersonal depende de una autorregulación funcional de la propia mismidad; es necesario que la persona experimente, momento a momento, un sentido continuo y afectivamente viable de si mismo, para poder llevar a cabo el resto de las tareas que la vida impone con un nivel tolerable de estrés emocional.

Otro aspecto fundamental a ser tenido en cuenta en este análisis, es el hecho de que el desarrollo de la conciencia explícita comprende la elaboración simultánea de una dimensión cognitiva de procesamiento tácito, con la que aquella opera en relación funcional recíproca. Cabe suponer que los contenidos principales de esta estructura serán, como los de su contraparte fenomenológica, también de orden afectivo. Por lo que podemos hablar con propiedad de la existencia de una organización ideo-afectiva inconsciente, que se constituye como un orden particular y continuo en el tiempo, que determina en gran medida lo que acontece en la fenomenología consciente y, por lo tanto, también el sentido inmediato de sí que la persona experimenta. Por su condición abstracta y su sobredeterminación sobre los estados de la conciencia explícita propongo para esta estructura dinámica el nombre de “**metaconciencia afectiva**” personal.

Analizaremos en este artículo las implicancias que la calidad de esta formación tiene en el desarrollo de trastornos psicopatológicos.

El sendero de la conciencia, de la simbiosis afectiva al amor abstracto

Los hallazgos de las modernas investigaciones con neonatos han hecho cambiar el criterio científico acerca de éstos de forma tajante en los últimos cuarenta años. El nuevo punto de vista, rechaza la existencia de la supuesta fase autista al comienzo de la vida, que había concebido Freud, e implica una reformulación de las llamadas “relaciones objetales” que prescinde de muchos conceptos clásicos del psicoanálisis, incluidos los de energía psíquica y pulsión, para la explicación de la organización y desarrollo del psiquismo humano. Los descubrimientos de los especialistas en psicología evolutiva dan respaldo a lo aseverado por John Bowlby (1969; 1973; 1980; 1985; 1989) en su “Teoría del apego”. Afirmó este autor que los bebés humanos disponen de capacidad embrionaria para establecer interacción social, de modo que la relación vincular, está presente desde el momento mismo del nacimiento. Sostuvo, además, que este sistema vincular tiene su propia dinámica, es primario, no deriva de ninguna otra función (como la de alimentación) y es, al menos, de la misma importancia para la supervivencia. El principio que anima estas afirmaciones es que la motivación humana básica desde el nacimiento, en lugar de la descarga de pulsión, es la búsqueda de protección a través del vínculo. El apego del infante constituye un sistema organizado por diversos comportamientos vinculantes, como el llanto, el seguimiento visual, la sonrisa y el aferramiento, que tienen un mismo objetivo, mantener la proximidad física o emocional del cuidador. Bowlby formuló, que esta predisposición genética para la vinculación afectiva y social funciona de forma análoga a un sistema fisiológico (que mantiene dentro de ciertos límites las medidas de, por ejemplo, la tensión sanguínea o la temperatura corporal). De modo similar, este sistema de control mantiene la conexión del niño con su figura de apego dentro de ciertos límites de distancia y accesibilidad, “usando para ello métodos comunicativos cada vez más sofisticados” (1989, pág. 144)

En efecto, desde muy poco después de nacer, los neonatos proporcionan respuestas diferenciadas a las personas y los objetos. Responden a las primeras con movimientos especialmente centrados en la zona expresiva de la cara y a las emisiones de sonidos, mientras que tienden a responder con movimientos de apertura y cierre de la mano a los objetos interesantes. Merced al empleo de procedimientos sofisticados de observación y registro de respuestas en bebés de pocas horas, días o semanas de nacidos, los investigadores han verificado la existencia de fenómenos que indican que estos tienen una cierta preferencia por los parámetros estímulares que caracterizan a las personas y dan respuestas coherentes a los estímulos interpersonales. Esos estudios han probado que prefieren las estimulaciones visuales que se ajustan a las características que definen a los rostros, es decir, redondeados, móviles, de complejidad media, estructurados, moderadamente brillantes y con elementos abultados. También muestran preferencia por los sonidos que coinciden con la longitud y frecuencia de onda de la voz humana. Hay fenómenos que permiten inferir que la disposición para la vinculación social está activa ya en la última etapa de gestación. Es destacable el hecho de que prefieren específicamente la de la madre a otras voces; sobre todo si se la modifica de tal modo que coincida con la que el feto oyó en los últimos tres meses de su vida intrauterina.

Además, aunque son sensibles a moldes prosódicos muy globales del lenguaje adulto, y responden a ellos con una pauta motora compleja y sincrónica, reaccionan de manera especial a la lengua de la comunidad en que nacen. Los bebés normales llegan al mundo dotados de sistemas expresivos que tienen significación para los adultos. Las sonrisas y llantos, los gestos de malestar o placidez son universales y se observan incluso en

neonatos ciegos, que no tienen acceso perceptivo visual a los rostros de las personas que se le acercan. Y, por otra parte, los adultos que los cuidan ofrecen un contexto de interpretación humana que atribuye sentido e intención de forma diferenciada a esos patrones emocionales. La rapidez y la eficacia con que se desarrollan esas interacciones, así como el placer que manifiestan los miembros de la diada durante los mismos, indican con claridad que ambos están genéticamente preadaptados para establecer una relación empática, de características tales, que admite la transmisión de mensajes sin requerir intención por parte del emisor (Rivière y Sotillo, 2002).

Respecto a esta predisposición empática observó Bowlby, que cuando una madre y su hijo de pocas semanas se miran cara a cara, ocurren fases de animada interacción social que se alternan con otras de desconexión. Cada ciclo comienza con la iniciación y el saludo mutuo, le sigue un vivido intercambio que incluye expresiones faciales y vocalizaciones durante las cuales el niño se orienta hacia su madre con movimientos excitados de los brazos y las piernas; hasta que se apacigua gradualmente y descansa, antes de que comience, nuevamente, con la siguiente fase de interacción. La iniciación y el abandono de cada ciclo por parte del bebé tiende a seguir su propio ritmo autónomo. Sin embargo, como ya hemos dicho, también los adultos sanos están dotados de un dispositivo para dar respuesta eficaz a la búsqueda de interacción de sus crías, de modo que una madre sensible será apta para regular su comportamiento y adecuarlo a las necesidades del pequeño, expresándose en un tono más suave y más agudo que el habitual y moviéndose en forma lenta y ajustada a los ritmos de éste. De ese modo, dice Bowlby, una persona que cuida a un bebé se transforma en una buena «base segura», permitiéndole al pequeño asumir el control de la relación. De tal modo, «...mediante un hábil entretrejo de sus propias respuestas con las de él crea un diálogo» (1989, págs. 19).

Definida la comunicación como una conducta relacional que se caracteriza por ser intencionada, intencional y metonímica, la interacción arriba descrita, a pesar de ser rica y compleja, no puede considerarse un diálogo en sentido estricto. En los primeros ocho o nueve meses de vida aún no existen comportamientos que tengan esas características desde la perspectiva de los bebés. Estamos aun en un estadio del desarrollo en la que se da una forma de expresión especular y complementaria a la de los adultos. Una relación inicial tónico-emocional que será de fundamental importancia para evolución posterior hacia las capacidades comunicativas y lingüísticas. Muchos investigadores coinciden en que el lenguaje y la autoconciencia tienen su fundamento genético en estas formas de coordinación interpersonal más primitivas, en la base de las cuales está siempre la expresión emocional. Henry Wallon (1987) acuñó el concepto de “simbiosis afectiva” para designar el primer estadio del desarrollo del bebe en la relación con su madre. Este médico y psicólogo francés que, como Vygotsky, basó su teoría en el materialismo dialéctico, consideró fundamental el rol de la afectividad en la construcción del psiquismo; sostuvo que el objeto de la psicología debería ser la explicación de la formación y desarrollo de la conciencia y opinó que ésta, ausente al momento de nacer, se construye socialmente a partir de aquella matriz afectiva primaria. Luego la individuación personal se produciría merced a la organización de ese sistema emocional básico en niveles de complejidad crecientes.

Desde el segundo o tercer mes de vida, la respuesta de los bebés a los gestos expresivos de las figuras de crianza se hace más “social”. En esta etapa, por supuesto, no son aún capaces de atribuir mente a los otros, pero si son hábiles en distinguir expresiones emocionales diferentes y responder en forma coordinada a estas. Colwin Trevarthen

(1979, 1982, 1984), que ha aportado el concepto de intersubjetividad, también considera que esas primitivas expresiones sociales de los bebés son de fundamental importancia para la evolución hacia formas más complejas de comunicación. En realidad, resulta arduo suponer el surgimiento y desarrollo de las complicadas coordinaciones que implica el lenguaje sin un basamento evolutivo anterior en la complejidad de las relaciones intersubjetivas. Uno de los fenómenos más significativo en esa dirección, que se observa en bebés de esa edad, es el de percepción y regocijo de “reacciones circulares sociales”. Si el adulto genera en forma reiterada una circunstancia en que se establece una relación sistemática entre un esquema del bebé (por ejemplo, pateos en el aire) y una estimulación ulterior (comentarios y gestos positivos del adulto), éste responde con sonrisas, gorjeos, y gestos expresivos de satisfacción. Se establece de ese modo un juego circular de interacción, del cual el bebé disfruta en tanto la secuencia sea siempre la misma. Mientras que, cuando la estimulación ulterior esperada no se produce, ostenta su frustración con gestos de malestar y rabia (Rivière y Sotillo, 2002).

Luego, en el tercer estadio del desarrollo sensoriomotor (entre los 4 y los 8 meses), se observa un incremento notable de las habilidades cognitivas, emocionales y sociales del bebé. Muestra de estos progresos son ciertos comportamientos anticipatorios indicativos de que tiene una comprensión rudimentaria, pero eficaz, de que la acción es la prolongación natural de una intención. Un ejemplo de este tipo de acción es levantar los brazos cuando alguien está en actitud de alzarlo. Si bien esas competencias forman parte de la ruta evolutiva que va a llevar finalmente al desarrollo de la comunicación propiamente dicha, aún no son comunicativas en sentido exacto. Obsérvese la diferencia existente entre: levantar los brazos al ir a ser alzado y levantar los brazos para ser alzado. En este estadio el bebé todavía no es capaz de crear intencionadamente en otro una intención que previamente éste no poseía. Como señalan con acierto Greenspan y Bederly (1998), sólo en la medida que un niño es capaz de alzar los brazos para que lo cojan o apartar de un manotazo la comida que le ofrecen y no le gusta, diremos que, esas conductas intencionadas comienzan a delimitar, gradualmente, los límites entre “yo soy yo” y ese es “otro en el que quiero influir”.

La forma inicial de intersubjetividad, o “interafectividad” según Stern (1991), que Trevarthen denominó “primaria” tiene características que las diferencian claramente de los desarrollos ulteriores. La primordial es que esta modalidad de relación no implica la existencia de una subjetividad individualizada y separada. No presupone ninguna distinción entre lo mental y lo corporal. El bebé en este estadio no experimenta la representación del otro como un ser dotado de permanencia, ni como un agente autónomo. Sin embargo, refleja ya con claridad la existencia de un sistema motivacional básico e innato que lo predispone para compartir estados emocionales con otro, coordinando la mutua expresividad. La “intersubjetividad primaria” sería entonces, una intersubjetividad sin sujeto, pero que crea las condiciones para el surgimiento de la experiencia de mismidad y la conciencia. Como ha sido afirmado con justicia por Hobson (1995), esta forma primaria de intersubjetividad es la condición sine qua non para el desarrollo de otras formas más avanzadas, ya que constituye el fundamento para la comprensión de que las personas son seres “con mente” con los que es posible compartir experiencia. Para el niño en este estadio, previo a las nociones, la mente supone una vivencia recurrente, un modo de estar en la relación con el adulto (Balbi, 1994; Rivière y Núñez, 1996). Siendo las cosas de este modo y acompañando la hipótesis formulada por Cooley (1902), según la cual: << así como nosotros reconocemos nuestra imagen en el espejo, el niño se hace paulatina y progresivamente consciente

de sí mismo al ver su reflejo en el «espejo» de la conciencia que otros tienen de él mismo >>, es posible anticipar la conclusión de que la autoconciencia personal abstracta (cuya organización será finalmente dependiente del operar en el lenguaje), se funda primariamente sobre una matriz afectiva que es prescindente de cualquier referencia a un mundo objetivo. En otras palabras, la conciencia en su estado más germinal, por así decirlo, no sería otra cosa que una manera recurrente de sentir con otro.

Nótese que hemos dicho “una manera recurrente de sentir”, y no “una manera de sentirse”. La forma reflexiva no cabe aun en esta dimensión de experiencia en la que no se ha esbozado la percepción de la propia mente. Para que eso ocurra, antes debe desarrollarse otra instancia, una forma nueva y avanzada de experimentar el vínculo. Recién entre los ocho y los doce meses, simultáneamente con la progresiva objetividad y permanencia que adquiere el mundo externo, según el recorrido que describió Piaget (1969, 1977) en el niño sano se desplegará esa capacidad relacional a la que Trevarthen ha denominado “intersubjetividad secundaria”, una modalidad de empatía mucho más elaborada que la que se expresaba inicialmente en las pautas de intersubjetividad primaria, que involucra la vivencia subjetiva de su propia participación en la relación. Es decir, aquel “experimentar espontáneamente con”, deviene en la experiencia de “darme cuenta de estar experimentado con”. Esto implica un nivel recursivo de segundo orden que facilita la organización de un incipiente sí mismo subjetivo cuyo principal contenido es la experiencia del niño acerca de su capacidad para mantenerse vinculado y en buena coordinación con los otros significativos.

En este período los bebés comienzan a captar rudimentariamente que quienes los rodean tienen intenciones, lo cual dispara las primeras conductas de comunicación ostensiva; el comportamiento del niño consiste en «dejar en suspenso» la acción directa sobre las cosas, convirtiendo así las acciones en signos. Ya a los doce meses todos los bebés normales muestran esta forma de relación. Tienen la capacidad para manifestar pautas deliberadas de correspondencia, por medio de signos, con los adultos, acerca de cosas y acontecimientos. Apuntan y señalan activamente hacia objetos o situaciones que llaman su atención y en ocasiones piden que sus cuidadores los acompañen para compartir el interés por éstos. Esas relaciones comunicativas tienen tres componentes: «yo», «tú» y «el objeto» acerca del que versan. A diferencia de los patrones expresivos iniciales son: intencionales (acerca de un objeto o situación); intencionadas (compartir intersubjetivamente con otro el interés por ese objeto o situación) y metonímicas (de suspensión de la acción directa; señalar con el dedo el objeto o situación en cuestión) (Rivière y Sotillo, 2002). Se ha prestado mucha atención a la observación de este período y ha sido señalado como importante que, aparentemente, surge en los niños un “peculiar interés por los objetos”. Sin embargo, los objetos de la realidad objetiva son atractivos para los bebés desde mucho antes de los nueve meses. Parece más significativo el hecho de que su nuevo propósito sea compartir ese interés con otro. Para que esta conducta pueda realizarse con éxito es necesario por parte del niño: en primer lugar, un reconocimiento progresivo de los propios estados emocionales; y segundo, la existencia de la noción de que el otro posee un mundo mental, de que es un sujeto de experiencia con el cual ese tipo de relación es posible. Es decir, el niño tiene que tener tres nociones para intentar la comunicación ostensiva: a) la noción de que el otro posee una mente (como él mismo); b) que el estado particular de esa mente es diferente al de la suya; y, c) que ese estado puede ser modificado por una acción propia (cabe aclarar que existe una diferencia entre tener una noción, con la cual se opera, y saber que se tiene esa noción). Pero, además de esa estructura cognitiva el bebé debe tener un motivo

y éste es, sin duda, su necesidad de compartir, coordinarse y confrontar sus estados mentales con otras mentes.

Por otro lado, mientras se llevan a cabo estas conductas, o mejor aún, por el hecho en sí de realizarlas, la subjetividad del niño se construye progresivamente, en tanto que éste tiene, paso a paso, una mayor y más variada percepción de su propia mismidad. Una vez más es pertinente destacar que cada paso en el desarrollo de las condiciones que van a facilitar el pleno despliegue del lenguaje y, con éste, la autoconciencia, está ligado a progresos en el “descubrimiento” de la mente del otro (que conlleva nuevas formas de relación intersubjetiva), antes que a cualquier otra variable en la que esté implicado el conocimiento del mundo objetivo. En esa evolución, el comienzo del segundo año significa un cambio fundamental en las capacidades cognitivas y relacionales del niño y un paso esencial en el desarrollo de la subjetividad y el acceso a ella. Como hemos visto, hasta ese momento sólo pueden operar con signos, pero, en el primer semestre del segundo año de vida comienzan a ser capaces de tener representaciones secundarias. Pueden lograr representarse lo no inmediatamente presente, lo cual los habilita para comenzar a comunicarse simbólicamente, una forma relacional exclusiva del hombre (Perner, 1994). A aquella primera conducta semiótica que suspendía la acción, convirtiéndola en signo, al señalar objetos presentes, se agrega otra que consiste en suspender acciones instrumentales con el fin de representar objetos, relaciones y situaciones ausentes. Es decir, a los signos presentacionales, de finales del primer año, se agregan los signos representacionales o símbolos. Al comienzo, anteriormente a las palabras, éstos son símbolos enactivos. Los niños “suspenden” acciones instrumentales para representar los objetos, o cualidades de estos. A veces, estas “mímicas” se transforman, durante un tiempo, en verdaderos códigos en la relación entre el infante y quien lo cría. Un poco más adelante se desarrolla la capacidad para juegos donde configuran un mundo de representaciones ficticias, por el cual distorsionan deliberadamente las relaciones de referencia, verdad y existencia que tienen con respecto a la realidad presente. Este acto de simulación implica una relación de tres términos: la situación real, la situación imaginaria y el agente que realiza la simulación, es decir el propio niño, para el cual el mundo circundante ya no consiste únicamente de cosas, personas, acontecimientos y relaciones observables en forma objetiva, sino también de estados subjetivos, mentales, propios y ajenos. En otras palabras, en esta etapa el infante comienza a operar con representaciones de segundo orden, es decir con representaciones de representaciones mentales, o metarepresentaciones. De este modo, antes del pleno desarrollo del lenguaje, el niño hace su incipiente ingreso en el mundo que experimentan sólo las personas; el mundo de la recursividad metarepresentacional (Frith, U. 1995; Riviere y Nuñez, 1996; Rivière y Sotillo, 2002).

Entre los 4 y los 5 años, simultáneamente con el desarrollo de más avanzadas capacidades lingüísticas y cognitivas, se despliegan en los niños normales nuevos niveles de conciencia que involucran el “darse cuenta de que se da cuenta de experimentar con”. Lo cual contribuye a un incremento de la complejidad del nivel de autorreconocimiento afectivo y estabiliza nuevas y más complejas pautas de comportamiento que se manifiestan positivas para una coordinación funcional con los cuidadores (Balbi, 1994; Trevarthen, 1979, 1982, 1984). En esta etapa surge la operación cognitiva que constituye el fundamento estructural del conjunto de habilidades mentalistas de la especie humana que se denomina “teoría de la mente”: la “intencionalidad recursiva”, o de tercer orden (como mínimo). Ésta es la capacidad humana de tener procesos mentales acerca de procesos mentales, mientras se tiene la noción de que éstos pueden, a su vez, tener como contenidos otros procesos mentales.

Desde el punto de vista formal, se trataría de un orden (potencialmente infinito) de tipo (I (I (I))), en el cual un proceso intencional (o mental) toma como contenido otro que a su vez toma un tercero como contenido (Rivière y Sotillo, 2002). Sin embargo, la mente humana no puede concebirse como un orden formal, por lo cual para ser más explícitos nos referiremos a la experiencia, es decir no solo a la organización de la cognición sino también a sus contenidos: esto ocurre, por ejemplo, cuando atribuimos que una persona siente por nosotros lo que atribuye que nosotros sentimos por ella, mientras sabemos que en realidad ignora que sentimos otra cosa; la que nunca revelamos para no defraudar la expectativa que suponemos tiene acerca de nuestra reciprocidad hacia ella; ya que tememos que, de decepcionarse, dejaría de estimarnos y, consecuentemente, se apoderaría de nosotros aquel conocido y doloroso sentido personal de ser un fiasco.

La construcción de la metaconciencia afectiva.

De acuerdo con Bowlby, la pauta de apego que un individuo desarrolla durante sus primeros años es determinada fundamentalmente por el modo en que es tratado por sus cuidadores más significativos. En la segunda mitad del primer año, a partir de que el bebé ha adquirido la capacidad cognitiva de conservar a su madre en la mente cuando ella no está presente, comienzan a organizarse modelos operantes de ésta y de sí-mismo en relación con ella. Estos modelos internos, que pueden concebirse como un primer y rudimentario nivel de abstracción, rigen el comportamiento de apego del bebé facilitándole una anticipación de la actitud del cuidador hacia él y una selección de las respuestas conductuales más eficaces de su parte. Es decir, de aquellas que, en función de las características del cuidador, promoverán en éste una mejor disposición a dar compañía, ayuda, protección y consuelo. De este modo y desde muy temprano en el desarrollo evolutivo se establecen pautas conductuales persistentes en el tiempo que implican la existencia de un estilo vincular propio y característico que impregnará todo el resto del ciclo vital. Las investigaciones de Mary Ainsworth, 1982, 1985, 1989, discípula y colaboradora de Bowlby, verificaron tres tipos de estilos antes de los dos años de edad). Hoy en día son numerosos e irrefutables los trabajos de investigación que revalidan la hipótesis bowlbiana de que los estilos relacionales adultos son construidos a partir de los modelos operantes de la infancia (Crittenden, 2002; Diamond y Marrone, 2003; Feeney y Noller, 1996; Juri, 2001; Main, 1983; Marrone, 2001; Miró, 2002). Dicho en palabras del propio Bowlby: “La presencia de un sistema de control del apego y su conexión con los modelos operantes del sí-mismo y de (...) las figuras de apego que elabora la mente durante la infancia son características centrales del funcionamiento de la personalidad a lo largo de la vida.” (1989, pág. 145). De tal modo, que lo descrito en la teoría del apego como procesos vinculares tempranos en términos de acercamiento-alejamiento (apego-exploración) de las figuras significativas, constituiría el principio organizador básico del desarrollo de la identidad. A tal punto que este sistema puede considerarse no sólo un dispositivo para mantener la proximidad física y emotiva con los cuidadores, sino también un proceso autorreferencial que hace a la construcción de un sentido personal unitario y continuo en el tiempo. Una vez que se han establecido las pautas y los modelos han sido internalizados, éstos funcionan como un esquema anticipatorio que utilizamos durante todo el curso de la vida, para simular y predecir las actitudes y conductas de los demás hacia nosotros en la interacción afectiva y social, así como para organizar nuestra propia conducta con fines relacionales (Balbi, 1994, 1996, 2004; Guidano, 1987, 1994; Reda, 1993). Puesto lo referido anteriormente en términos de las nociones que venimos desarrollando en este artículo, diremos que la organización de la recursividad metarrepresentacional de orden afectivo (contenidos y trama) que cada individuo construya durante el recorrido de sus vínculos originarios en la infancia,

la niñez y la adolescencia, será el modelo estructural con el cual organizará el sentido de los sucesos significativos de su vida adulta, incluido el amor de pareja, otorgándoles, de este modo, un sesgo específico.

Este proceso de construcción de la conciencia y adquisición de habilidades mentalistas se da en el recorrido de un intenso vínculo afectivo que constituye su fuente y su motivo. Por lo cual, simultáneamente a la organización progresiva de las modalidades comunicativas, el orden de la afectividad individual adquiere pautas características peculiares, cada vez más complejas y abstractas. El niño se vincula y el adulto responde eficazmente por una cuestión vital, la supervivencia del primero. Es lógico suponer, por lo tanto, que en el proceso evolutivo filogenético humano fueron seleccionados los individuos más competentes para suscitar patrones estables de vínculo, amparo, y cuidado. Como también, que se reprodujeran más eficazmente los adultos capaces de responder a las demandas de su cría relacionándose afectivamente y brindándole la protección necesaria. De modo que todos los individuos sanos de la especie nacen dotados de similares dispositivos reflejos (que no requieren de conciencia para operar) altamente eficaces para las relaciones interpersonales que se dan en el principio de la vida. Por el contrario, el patrón de vinculación específico de cada persona, en lugar de preprogramado genéticamente parece ser, como la conciencia personal, una construcción posterior al nacimiento, que cuenta con procesos y contenidos inconcientes que modelan la fenomenología conciente y la conducta, y cuya estructura es dependiente de las características del vínculo primario.

En la coevolución funcional entre afectividad y conciencia encontramos un recorrido orto-genético que va desde una condición primaria “concreta” de indiferenciación, en la que predominan el confortamiento por contacto y una alta dependencia mutua de los ritmos psicofisiológicos y emocionales de ambos miembros de la díada, a otra de mayor individuación con predominio de procesos abstractos que conllevan la diferenciación y reconocimiento de los propios estados afectivos por parte del niño. Estos estados afectivos subjetivos serán progresivamente dependientes, no sólo del contexto “concreto” ofrecido por el cuidador a cargo a la sazón, sino también, y predominantemente, de las atribuciones que el pequeño sea capaz de hacer de los estados intencionales de aquel hacia él.

El contenido de esas atribuciones (que obviamente puede ser erróneo) determina el sentido inmediato de sí que experimenta el niño y es sesgado por la “información” provista por los esquemas anticipatorios tácitos construidos durante ese mismo proceso de crianza. La recurrencia de situaciones interpersonales significativas en las que se ve involucrado el niño da origen, por medio del operar de los distintos módulos de la memoria procedimental (episódica y semántica), a la constitución de guiones de escenas nucleares (con carga afectiva) que operan como un conjunto de cánones implícitos con los cuales se tipifican tanto el sentido del contexto inmediato, como el procedimiento personal para afrontarlo con éxito (Tulving 1972, 1983, 1985). Simultáneamente se construye un metalenguaje de sentido particular, que opera en el futuro como un modelo semántico, sintáctico y gramatical, para la decodificación de la variada gama de estados intencionales propios y ajenos que la ampliación de la conciencia permite experimentar, distinguir y atribuir.

Se organiza así una instancia metacognitiva específica que funciona como regulador de un sistema de retroalimentación positiva mediante el cual un estilo relacional afectivo construye un sentido de si-mismo más o menos continuo, para el cual ese mismo estilo

resulta cada vez más pertinente. Esa organización tácita, que propongo designar “metaconciencia afectiva”, está compuesta por un orden de funcionamiento supraconciente, más permanente en el tiempo, que establece las reglas con las que se concreta la fenomenología conciente, sin aparecer explícitamente en ella; y por otra de nivel subconsciente en la que operan contenidos intencionales dinámicos, núcleos ideofectivos más ligados a las relaciones significativas en curso, que funcionan de acuerdo a reglas generales análogas a las que Freud (1895) describió para lo que llamó proceso primario. Los componentes emocionales de estos contenidos subconscientes irrumpen eventualmente en la conciencia fenomenológica de forma más o menos ligada a su propia representación cognitiva (Freud y Breuer 1893). El grado de esa disociación es dependiente de la discrepancia que la representación conlleva respecto al sentido continuo de sí de la persona. Consecuentemente, a mayor discrepancia corresponde una mayor disociación entre afecto y representación, y, por lo tanto, la emoción emergente no es reconocida como parte integrante de la propia mismidad. En este dispositivo de exclusión atencional, funcional al mantenimiento de un sentido unitario, continuo y viable de uno mismo, por medio del cual la persona interpreta como ajenas las propias experiencias de orden afectivo que resultan discrepantes, radicaría el origen de los síntomas que observamos en los trastornos por los cuales somos consultados los psicoterapeutas. Finalmente, una llave explicativa de la fragilidad emocional en la adultez, podría radicar en dificultades epistémicas específicas para el autoconocimiento tácito, originadas en déficit en la organización temprana del paradigma interpretativo personal, para distinguir y referir adecuadamente, tanto la propia experiencia afectiva, como la atribuida a los otros significativos. Esta vulnerabilidad psicopatológica, construida en el curso de los primeros veinte años de la vida, en el contexto de los vínculos originarios, tomaría forma sintomática, en instancias críticas de los siguientes ciclos vitales, especialmente vinculadas al procesamiento de duelos disparados por desbalances en la trama afectiva personal (Balbi, 2004, Guidano, 1994, 1995, 1999).

Autosuficiencia afectiva

La predisposición para experimentar un sentido continuo de autosuficiencia afectiva es reconocida por muchos autores como un rasgo propio de la personalidad con tendencia a la depresión. Un somero análisis de la manera en que se construye y se mantiene esa tipode identidad, y un breve ejemplo clínico, serán de ayuda para una mejor comprensión de las conceptualizaciones anteriores. El patrón vincular temprano que da origen a esa forma de organización personal se caracteriza por presentar una marcada y reiterada dificultad para que el niño acceda en tiempo y forma a los cuidados de sus progenitores; especialmente al acompañamiento de éstos en situaciones de estrés emocional. Esta situación puede darse por ausencia, enfermedad, exceso de trabajo y preocupación, o simplemente por el estilo personal de los adultos, que los predispone a tratar al niño con indiferencia o desdén. Por otro lado, cuando esa ayuda finalmente llega, el pequeño generalmente se encuentra en estado de queja y desesperación, lo cual genera un incremento de la actitud de rechazo por parte de quien lo cría. Basado en la repetición de la experiencia de pérdida, que sustenta un sentimiento continuo de soledad y desamparo, se forja un sistema que retroalimenta en el infante, el sentido de ser una carga para su cuidador y una persona no merecedora de recibir ayuda. Precocemente, el bloqueo de las conductas de búsqueda de contacto físico y emocional con quien lo cuida, es la estrategia relacional que se revela eficaz, tanto para eludir las posibles situaciones de rechazo o indiferencia, como para modular la oscilación subjetiva entre las intensas emociones opuestas de tristeza y rabia. Se establece de este modo, lo que ha sido descrito como el patrón vincular temprano evitante, que manifiestan el niño hábil

en la utilización de sus recursos cognitivos para ocultar los sentimientos negativos (incluso simulando falso afecto positivo), que, de ser exhibidos, lo expondría como el responsable de malograr el equilibrio relacional logrado. (Ainsworth 1982, 1985, 1989; Crittenden, 2002; Miró 2002).

Ulteriormente, cuando el desarrollo adolescente impone al sistema la elaboración de una perspectiva afectiva personal que incluya la separación de los vínculos primarios y la alternativa de ser aceptado y elegido por parte de un nuevo partenaire afectivo, el progresivo avance de capacidades cognitivas abstractas facilita al pensamiento narrativo la construcción de una versión de sí mismo centrada en dos ejes principales. Por un lado, la imagen de la propia negatividad para conseguir y mantener el amor de los otros tiende a ser focalizada en algún aspecto parcial, físico o caracterológico, con el cual se deberá convivir y luchar toda la vida. Por otro, ese nuevo partenaire deberá conocer y apreciar ese aspecto personal negativo al momento de su elección dando, además, muestras fehacientes de que nunca habrá de su parte rechazo o abandono por ese motivo. Es pertinente aclarar que estas personas no necesariamente se sienten incompetentes para lograr un compañero sexual, o incapaces de realizar una conquista; el déficit radica especialmente en la imposibilidad de conseguir y conservar alguien para compartir la vida. Esta es la razón que explica su tendencia al romanticismo, ya que si la imposibilidad de estar juntos puede ser atribuida a un factor externo (problemas de orden social, vive en otro país, estaba comprometida cuando la conoció), se facilita la idealización de la historia y se evitan las intensas oscilaciones emocionales que se generan en los procedimientos de acercamiento y alejamiento propios de toda relación en su etapa inicial. Justamente, el sentido de autosuficiencia afectiva es el recurso idóneo para mantener regulado de forma más o menos permanente aquellas oscilaciones emocionales. Si no amo a nadie, ni necesito a nadie que me ame, el riesgo de sufrir

rechazo o abandono es prácticamente nulo. Es frecuente que estas personas resuelvan el problema compartiendo su vida con una pareja que les da una permanente confirmación, y de la cual sienten que podrían separarse fácilmente, debido a que tiene ciertas características rechazables. De este modo los sentimientos de rabia que se generan por los alejamientos del otro son explicados como reacciones ante aquellos “defectos” que se le atribuyen. Mientras tanto, mantienen un vínculo idealizado de realización imposible (actual y real, o imaginado para un futuro). De ese modo, la necesidad del amor de la persona con la que viven nunca es experimentada con intensidad a nivel fenomenológico y, al mismo tiempo, tienen una manera consistente de explicarse la tristeza y el sentimiento de pérdida (que siempre los ha acompañado) como una condición propia de no poder compartir la vida con su “alma gemela”.

Veamos un caso ilustrativo del surgimiento de síntomas en un contexto como el descrito: Raquel, una arquitecta de 40 años, divorciada, con dos hijos y casada nuevamente hace 8 con Mario, un colega de ella diez años mayor, consulta por un estado de ánimo depresivo con episodios agudos de angustia y llanto, que comenzó a manifestarse hace dos meses y para el cual no encuentra explicación. La dinámica del síntoma quedó en evidencia en el trabajo de autoobservación y análisis de experiencia emocional llevado a cabo por la paciente, en las primeras entrevistas. Ese hallazgo aumentó la motivación de Raquel para continuar con la tarea propuesta por el terapeuta hacia el logro del objetivo final del proceso terapéutico, la comprensión y reestructuración de su estilo afectivo. Raquel había conocido a Mario, unos años antes de su divorcio, en el transcurso de la realización de obras donde compartían

responsabilidades representando a diferentes empresas asociadas. Sentía gran respeto y admiración por las cualidades profesionales y personales de su colega, pero nunca se había sentido atraída por él, incluso su “actitud asténica y su aspecto desgarrado le generaban la sensación de no estar ante la presencia de un hombre”, decía. Le daba pena que fuera un hombre sólo, soltero y sin familia. En muchas oportunidades Mario la había invitado cortésmente a tomar café y conversar. En una de esas charlas la había confesado que tenía una hija de diez años, nacida de una relación ocasional, a la cual mantenía, pero con la que no tenía ningún vínculo. Raquel pudo finalmente separarse de su marido, algo que hacía mucho que deseaba hacer, cuando se sintió enamorada de Gonzalo, un compañero de trabajo de su hermano. Cuando Mario se enteró de la separación de Raquel, le manifestó de inmediato su interés por ella e incrementó sus propuestas de pasar juntos más tiempo. Raquel explicó a Mario lo que le pasaba con Gonzalo, lo cual éste aceptó sin resignarse. La relación con Gonzalo, como podía anticiparse por las características de personalidad de Raquel, cursaba en forma tormentosa. El sufrimiento emocional de Raquel no tenía límite, se sentía insegura y tenía la certeza de que un día cercano Gonzalo la dejaría diciendo que se había equivocado, que ella no era la persona que él había creído ver cuando se enamoraron. Esto la decidió a terminar esa relación y a aceptar la propuesta de Mario, quien estaba al tanto de todo, ya que Raquel le contaba lo que le sucedía en esas charlas en las que se sentía cómoda y relajada. Finalmente, a los dos años, ante la insistencia de Mario, se casaron. Raquel recordaba perfectamente su sensación de estar cometiendo un error, pero no podía volver atrás. Siguió siempre pensando en Gonzalo y ensoñando lo bien que lo pasaría con él, si fuera su marido, mientras se destacaban cada día más los “defectos” de Mario. Estaba nuevamente como en su primer matrimonio, desconforme y cavilando como separarse de este hombre, que la amaba tanto y que sólo la tenía a ella. Unos meses antes de la consulta ocurrió algo inesperado, llegó Mario muy alterado con la noticia de que su hija, Paula, que ya contaba con veintiún años de edad, lo había llamado por teléfono para decirle que quería verlo. Que sabía que se había ocupado de protegerla económicamente, que ahora estaba pagando su carrera de arquitectura, que lo admiraba y quería mantener una relación con él, como hija que era. Mario le pidió a Raquel que lo acompañara al encuentro con Paula, no podía imaginarse que actitud tomar y requería de su ayuda. Se encontraron en la cafetería de un centro comercial. Paula fue desde el primer momento muy afectiva con Mario, según dijo, había amado secretamente (ocultando ese sentimiento ante su madre) a este padre que, finalmente, nunca la había abandonado. La reacción de Mario fue sorprendente, estaba radiante de alegría, parecía otro hombre, se dejaba abrazar por su hija y correspondía plenamente a sus manifestaciones de cariño. Compraron ropa para Paula y comieron juntos, padre e hija en una coordinación tal que dejaba a Raquel absorta, observando de afuera como ese hombre, que únicamente la tenía a ella, ahora ya no estaba sólo. A los pocos días se presentó el síntoma.

Bibliografía

- * Ainsworth, M.D. (1982): «Attachment: retrospect and prospect», en C. Parker y J. Stevenson-Hinde (eds.), *The Place of Attachment in Human Behavior*, Nueva York, Basic Books, págs. 3-30.
- * Ainsworth, M.D. (1985): «Patterns of infant-mothers attachment. Antecedents and effects on development», *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, 61, págs. 771-812.

- ✦ Ainsworth, M.D. (1989): «Attachments beyond infancy», *American Psychologist*, 44, págs. 709-716.
- ✦ Balbi, J. (1994): *Terapia cognitiva posracionalista. Conversaciones con Vittorio Guidano*. Buenos Aires, Biblos.
- ✦ Balbi, (1996): *What is a Person? Reflections on the domain of psychology from an Ontological and Post-rationalist Perspective* en *Journal Of Constructivism Psychology*, volumen 5; número 4; Octubre - Noviembre. Taylor and Frances. Nueva York.
- ✦ Balbi, J. (2004): *la mente narrativa. Hacia una concepción posracionalista de la identidad personal*. Buenos Aires, Paidós
- ✦ Bowlby, J. (1969): *El vínculo afectivo*. Paidós. Barcelona.
- ✦ Bowlby, J. (1973): *La separación afectiva*. Paidós. Barcelona.
- ✦ Bowlby, J. (1980): *La pérdida afectiva*. Paidós. Barcelona.
- ✦ Bowlby, J. (1985): *El papel de la experiencia de la infancia en el trastorno cognitivo*, en M. Mahoney, A. Freeman, Y otros, *Cognición y psicoterapia*. Paidós. Barcelona.
- ✦ Bowlby, J. (1989): *Una base segura*. Paidós. Buenos Aires.
- ✦ Cooley, C.H. (1902): *Human nature and the social order*. New York. Scribner
- ✦ Crittenden, P. (2002) *Nuevas implicaciones clínicas de la teoría del apego*, Valencia, Promolibro.
- ✦ Diamond, N. y Marrone, M (2003): *Apego e Intersubjetividad*. Wiley. New York
- ✦ Feeney, J. y Noller, P. (1996): *Adult Attachment*, Sidney, Sage. (Ed. cast.: *Apego adulto*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2001
- ✦ Freud, S. (1895): “Proyecto de una psicología para neurólogos”, en Sigmund Freud, *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores (AE), vol. I, 1989.
- ✦ Freud, S. y Breuer (1893): “El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos” en S. Freud, *Obras completas*, Tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981
- ✦ Frith, U. (1995): *Autismo*. Alianza. Madrid.
- ✦ Greenspan, S. y Bederly B. (1998): *el crecimiento de la mente y los ambiguos orígenes de la inteligencia*, Barcelona, Paidós
- ✦ Guidano, V.F. (1987): *Complexity of the self*. New York. Guilford Press

- * Guidano, V.F. (1994): *El si mismo en proceso*. Barcelona. Paidós
- * Guidano, V.F. (1995): “Un enfoque constructivista de los procesos de conocimiento humano”. En M. Mahoney (ed.) *Psicoterapias Cognitivas y Constructivistas*. Desclée de. Bilbao; Desclée de Brouwer, 1997.
- * Guidano, V.F. (1999): Quiñones, A. (comp.): *El modelo cognitivo postracionalista: hacia una reconceptualización teórica y crítica*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2001
- * Hobson, R.P. (1995): *El autismo y el desarrollo de la mente*, Madrid, Alianza, 1995.
- * Juri, L. (2001): «Juanito: ¿Edipo o apego?», en M. Marrone, *La teoría del apego. Un enfoque actual*, Madrid, Psimática, 2001
- * Main, M. (1983): «Exploration, play, and cognitive functioning related to infant-mother attachment», *Infant Behavior and Development*, 6, págs.167-174.
- * Marrone, M. (2001) *La teoría del apego. Un enfoque actual*, Madrid, Psimática
- * Miró, M.T.(2002) <<Introducción>> en P. Crittenden, *Nuevas implicaciones clínicas de la teoría del apego*, Valencia, Promolibro.
- * Perner, J. (1994): *Comprender la Mente Representacional, Cognición y desarrollo humano*, Barcelona, Paidós
- * Piaget, J. (1977): *La formación del símbolo en el niño*, México, Fondo de Cultura Económica
- * Piaget, J. (1969): *El nacimiento de la inteligencia en el niño*, Madrid, Aguilar.
- * Reda, M. (1993): *Sistemi cognitivi complessi e psicoterapia*, Roma, La Nuova Italia Scientifica.
- * Rivière, A. y Sotillo M. (2002):<<Comunicación, suspensión y semiosis humana. Los orígenes de la práctica y de la comprensión interpersonales>>, en Mercedes Belinchón (et. al.) *Obras escogidas*, vol. 3. *Metarrepresentación y semiosis*, Madrid, Editorial Médica Panamericana, 2003.
- * Riviere, A. y Nuñez, M. (1996): *La mirada mental*, Buenos Aires, Aique.
- * Stern, D.N. (1991): *El mundo interpersonal del infante, una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*, Buenos Aires, Paidós.
- * Trevarthen, C. (1979): «Instincts for human understanding and for cultural cooperation: Their development in infancy», en M. Von Cranach, K. Foppa, W. Lepenies y D. Ploog (comps.), *Human Ethology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- * Trevarthen, C. (1982): «Los motivos para entenderse y cooperar», en A. Perinat (ed.), *La comunicación verbal*, Barcelona, Avesta.

- ✦ Trevarthen, C. (1984): «Emotions in infancy. Regulators of contact and relationships with persons», en K. R. Scherer y P. Ekman (comps.), *Approaches to Emotion*, Hillsdale-NJ, Erlbaum.
- ✦ Tulving, E. (1972): «Episodic and semantic memory», en E. Tulving y W. Donaldson (comps.), *Organization of Memory*, Nueva York, Academic Press.
- ✦ Tulving, E. (1983): *Elements of Episodic Memory*, Nueva York, Oxford University Press.
- ✦ Tulving, E. (1985): “How many memory systems are there?” *American Psychologist*, 40, 385-398.
- ✦ Vygotsky, L. (1931): «Prefacio al libro de A. N. Leóntiev “*Desarrollo de la memoria*”, en Lev Vygotsky, *Obras escogidas*, Madrid, Visor, 1991, t. I.
- ✦ Vygotsky, L. (1934): «Pensamiento y lenguaje», en *Obras escogidas*, Madrid, Visor, 1993, t. II.
- ✦ Wallon, H. (1987): *Psicología y educación del niño. Una comprensión dialéctica del desarrollo y la Educación Infantil*. Madrid, Visor-Mec.
- ✦ Wertsch, J. (1988): *Vygotski y la formación social de la mente*, Barcelona, Paidós, 1988.